

JUANES DE LARRUMBIDE



Sobre ser escasa en bascuence la producción literaria se ha cuidado tan poco de hacerla notar y de darla á conocer á los amantes de las cosas euskaras, que apenas si tenemos noticia de muchos autores de mayor ó menor mérito, que, por afición á la lengua de Aitor, por aquel anhelo naturalísimo de expresar sus sentimientos en el habla que aprendieron á balbucir en la cuna, la cultivaron con cierto esmero, y procuraron adornarla con las galas y preesas de la belleza artística.

La bibliografía bascongada es en esta parte, asaz deficiente, y no en verdad por falta de decisión y de esfuerzos de quienes han tratado de esclarecerla, sino por las dificultades que presenta de suyo esta labor, árdua y enojosa siempre, y por lo rarísimo de los ejemplares de las obras que se imprimieron, allá hace dos ó tres centurias, y que hoy por singular caso aparecen en el comercio de libros.

Se requiere larga serie de trabajos colectivos bien encaminados para ir esclareciendo estas sombras. y completando las deficiencias que se notan en esa rama de los estudios bascos. Cada lector ilustrado é inteligente, cada coleccionista de libros raros ó de ediciones agotadas puede aportar un dato que, por insignificante que parezca, no puede menos de contribuir á que salgan de la obscuridad en que yacen, nombres que permanecieron ocultos bajo el más denso olvido, y que, sin embargo, son dignos de que se les recuerde con aplauso, siquiera no sea más que por el noble afán con que emplearon sus dotes en valerse de la lengua que habían libado con la leche materna, para dar forma á los sentimientos que anidaban en lo más íntimo de su corazón, y á los

pensamientos que iluminaban su cerebro. Se nos dirá que muchas de estas composiciones olvidadas son raras porque merecen serlo, porque no se distinguen por ninguna cualidad sobresaliente, ni tienen derecho á ser incluidas entre las que han causado las delicias de la humanidad; pero ha de tenerse presente que aquí no se trata de ponderar la belleza absoluta de tales trabajos, si no su mérito relativo, y ha de considerarse también que toda obra de iniciación, todo ensayo que se escriba en los albores de una literatura, cuando se está destrozando la senda por donde han de caminar los venideros en dirección á la cumbre radiante y espléndida de la inmortalidad reservada á los privilegiados del arte, debe mirarse y examinarse con atención especial, por ser, en cierta manera, como el germen de las excelencias y de los defectos que habrán de notarse en las producciones que vengan después. No puede medirse con el mismo rasero á Gonzalo de Berceo y á Fray Luis de León, ni aplicar al examen di: las admirables efusiones líricas de este soberano poeta el criterio que aplicamos á los rudos esbozos del clérigo riojano que son como vagidos de una literatura que empieza á soltar los andadores y á marchar por su propia cuenta, con el embarazo consiguiente á quien no está acostumbrado á caminar con entera libertad, sin tutela constante y sin vigilancia perpetua que coarta sus movimientos.

Se nos ocurren estas consideraciones á propósito de un autor guipuzcoano cuyo nombre ha pasado casi de todo punto inadvertido á la mayoría de nuestros investigadores. Llamábase Juanes de Larrumbide, y por más que el Dr. López Martínez de Isasti, en su Compendio historial de Guipúzcoa, le incluye al parecer, entre los hijos de Oyarzun, otro Compendio guipuzcoano, inédito en la Real Academia de la Historia y que el erudito Vragas Ponce supone escrito en 1686, le tiene por hijo de Larraul, en donde se conservaba y se conserva todavía la casa Larrumbide la armera, de la cual procedía aquel «famoso organista, excelente, agudo, contempcioso y sentencioso poeta en bascuence, que en verso compuso muchos cantares á lo divino y humano, y comedias de historias sagradas con particular ingenio.»

¿Qué comedias de historias sagradas pudieron ser éstas á que aquí alude el anónimo autor del Compendio guipuzcoano? Isasti nos da algunas noticias más circunstanciadas respecto á este particular, y nos dice que este «organista, famoso por sus habilidades, fué vecino de Oyarzun, á donde vivió muchos años. Fué gran poeta de bascuence,

que compuso muchas comedias á lo divino, la del sacrificio de Abraham, de Job, de Judith, la Josefina y otras, que se representaron con grande fiesta, y con particular ingenio que este hombre tenía: y compuso muchas prosas, canciones é historias en verso, y fué maestro de cantoría que enseñó á muchos».

Estas comedias á lo divino de que habla Isasti serán semejantes á las tan famosas pastorales suletinas, y se representarán como ellas al aire libre.

Una de las de Larrumbide trata de desarrollar el mismo asunto que unas de las que aún se conservan en el condado de la Soule: el episodio bíblico de Judith; y no será aventurado suponer que en la manera de interpretarlo dramáticamente habría también entre una y otra obra no poca identidad. (1) Y por lo que hace á la Josefina ¿sería traducción ó arreglo, más ó menos libre, de la tragedia que con el mismo título escribió en castellano Miguel de Carvajal en la primera mitad del siglo XVI, y en que desenvolvió á la manera clásica la historia de José y de sus hermanos? La coincidencia del título induce á creer en esa traducción ó arreglo, máxiime si se tiene en cuenta que Miguel de Carvajal recogió la herencia literaria de Juan del Enzina y éste, en su doble cualidad de poeta y de músico, debía de ser extremadamente simpático á Larrumbide.

El cual no fué hombre docto, ni versado en disciplinas literarias. Él mismo decía que había «estado desnudo de buenos aderezos,» y preguntaba qué podía «escribir el que continuo anda con la azada en la mano.» Esta última indicación nos hace presumir que el bueno de Larrumbide alternaba el ejercicio de su profesión de organista con la práctica de la agricultura en aquel plácido y encantado valle de Oyarzun, tan propicio para estas labores.

La ciudad de San Sebastián, mejor dicho la villa de San Sebastián, puesto que no fué ciudad hasta el reinado de Felipe IV, pidió á Larrumbide que le mandara las inscripciones que se habían de colocar en el catafalco que se levantara para las exequias dispuestas en sufragio del alma de Felipe II. El organista de Oyarzun anduvo algo remiso en el cumplimiento del encargo que se le confirió no por desatención al respetable Cuerpo que solicitó su ayuda, ni por falta de deseo de ser-

(1) Véase el magistral estudio que acerca de Las pastorales vascas incluyó el docto escritor inglés Mr. Webster en su precioso libro *Les loisirs d'un étranger au Pays Basque Chalon-sur-Saone-1901.*

virle, sino por loable humildad, por la desconfianza que tenía de su rústico ingenio, y por la esperanza de que otro menos inhábil redactase más diestramente los rótulos que habían de figurar en las honras fúnebres que se iban á celebrar por el Rey difunto. Sin embargo, para que no le tacharan de descortés, envió trece piezas; «pero suplicando mucho si están ya proveídos, no salga á la vergüenza mi poca suficiencia, porque el que ignora los principios toda arte ignora.»

Entre esas trece piezas que mandó Larrumbide iba «una en bascuence, por no hacer agravio de que se enmudezca nuestra lengua.» No hemos podido dar con esta composición, ni en parte alguna hemos encontrado mención de ella, fuera de la carta de donde hemos tomado estas noticias, y cuya copia, no del todo exacta por cierto, se conserva en la colección Vargas Ponce, de la Real Academia de la Historia (1). De esa carta, escrita á 7 de Noviembre de 1598, y no de 1538, como con error evidente se dice en la copia á que nos hemos referido, se deduce que Larrumbide era ya para aquella sazón hombre bastante entrado en años, puesto que tenía, cuando menos, una hija casada, y su yerno Pedro de Uribe (2) era el encargado de recoger las composiciones que el famoso organista de Oyarzun remitió para las exequias de Felipe II, en el caso de que no sirviesen para el objeto á que se las destinaba.

Quizás no sea difícil averiguar la fecha exacta en que pasó á mejor vida el olvidado hijo de la casa de Larrumbide, la armera de Larraul, teniendo en cuenta que, como ya hemos advertido, vivía todavía en 1598, y era ya finado cuando Lope Martínez de Isasti escribió en 1625 su Compendio historial de Guipúzcoa.

Menos fácil nos parece que será dar con ninguna de las composiciones que escribió en bascuence el autor á quien consagramos el presente artículo. Acaso llegarán á ser populares: acaso las oigamos todavía recitar y cantar en nuestras montañas como fruto de la musa anónima y colectiva; pero por eso mismo se hará más difícil restituírlas al ingenio modesto que las produjo. Nos inclinamos á creer que su valor litera-

(1) La incluyó el ilustre historiador D. Cesáreo Fernández Duro en el segundo apéndice de la Correspondencia epistolar de D. José de Vargas y Ponce y otros en materias de arte, que publicó la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid, 1900.

(2) Así suponemos que debía llamarse, y no Uriche, como aparece en la copia, cuyos defectos hemos hecho notar ya.

rio, no obstante los elogios de Lope Martínez de Isasti y del otro Compendio guipuzcoano de que hablamos más arriba, serin escaso; pero esto no disminuye su importancia como documentos históricos que sirven para estudiar el desenvolvimiento de las letras bascas.

Como Larrumbide fué, á un tiempo, poeta y músico, es indudable que sus canciones, desprovistas del hechizo de la música, perderían casi todo su encanto. A ellas cabría aplicar, sin duda, una frase felicísima que un gran folklorista, un ilustre erudito, dotado de admirable intuición para penetrar las bellezas del arte impersonal y colectivo, aplicaba á los romances catalanes que reunió aquel venerable varón con tanto amor como inteligencia. «El romance divorciado de su tonada—decía en su Romancero popular D. Mariano Aguiló, que es el literato á quien aludimos—pierde más que el árbol cuando se le cae la hoja, más que la rosa cuando se queda sin perfume. Quien haya oído esos cantos en plena vida, cerca de las arboledas en donde trinan los ruiseñores, al encontrarlos recogidos en un volumen, recuerda los armarios de los museos ornitológicos, llenos de pájaros vistosos, que en gallardas posturas muestran sus plumas irisadas; pero que por muy lindos que sean, son mudos, no cantan (1).

No será temerario sospechar que idéntico efecto producirán las canciones de Larrumbide, impresas en el papel, privadas de aquel fluir del sentimiento que les prestaba el embeleso de la música, la cual, con su dulzura ó con su energía, infundiría alma poética y luz de belleza ideal aún á aquello que sin el poder misterioso de ese hechizo, parecería y serán en realidad, prosa lánguida y desmayada, sin rasgo alguno pintoresco, ni vaguedad de ensueño que se cierne en las alturas un tanto caprichosas y fantásticas pero siempre gratas al corazón, del raptó lírico.

CARMELO DE ECHEGARAY.



(1) Romancer popular de la terra catalana recullit y ordenat per En Aguiló y Fuster.